

CAPÍTULO XV

RIQUEZA, COMERCIO

Temerosos los ricos cuya ambición no podía ejercitarse ya en las magistraturas, de hacer sombra al emperador, duplicaban las prodigalidades del lujo privado, embriagándose de placeres como personas que quieren olvidar la espada pendiente de un hilo sobre sus cabezas.

Cuentos orientales parecen las narraciones del lujo y de las riquezas de entonces. En vano habían propuesto y vuelto a proponer los buenos las leyes agrarias: el predominio de la espada prevalecía sobre todo; y en medio de un pueblo inmenso, pobre, mendigo, algunos rebosaban de increíbles riquezas. Uno que deploraba las graves pérdidas que había sufrido en tiempo de la guerra civil, dejó al morir cuatro mil ciento dieciséis esclavos, tres mil seiscientos yuntas de bueyes, doscientas cincuenta mil cabezas de otros ganados y sesenta millones de sextercios, sin calcular las tierras (1). Crispo de Vercelli tenía doscientos millones de sextercios; trescientos millones el filósofo Séneca; cuatrocientos el augur Cneo Léntulo y Narciso liberto de Claudio; mas aun Icelo, favorito de Galba; y Palas, otro liberto de Claudio, reunió tantas riquezas, que reduciéndolas á terrenos habrían cubierto la trigentésima quincuagésima parte de la Francia (2). Según Plinio, los bienes de Nerón confiscados á seis ricos, constituían la mitad del Africa proconsular (3). Por Vopisco sabemos que Aureliano tenía en una quinta privada del emperador Valeriano cinco mil esclavos, dos mil cabezas de ganado vacuno, mil de ganado caballar, diez mil ovejas y quince mil cabras (4), lo cual

destruye la declamatoria exageración de Séneca cuando dice que aquellos reinos y provincias bastaban apenas para apacentar los rebaños de algunos, y cuyos esclavos eran más numerosos que bélicas naciones, y las casas más vastas que una ciudad (5).

Apenas bastaba todo el incienso de Arabia para las apoteosis de los emperadores. Nerón consumió en liberalidades 4,000,000,000 de sextercios y Calígula 2,700,000,000; Domiciano 12,000 talentos sólo por dorar el Capitolio (6); Adriano, en honor de su suegra y de su predecesor, hizo donativo al pueblo de increíble cantidad de aromas, exhalando bálsamos en los teatros y en los jardines. Heliogábalo nadaba en piscinas donde estaba mezclada el agua con esencias, y prodigaba á calderas el nardo (7). Hasta los guerreros, en los días solemnes, ungían sus banderas y sus águilas y perfumaban sus personas con aromas preciosas. Plinio se adelanta á decir que los romanos iban inundados de ungüentos por dentro y por fuera, y que una mujer, cuyas embalsamadas emanaciones provocaban á su tránsito á los que se hallaban ocupados en otros asuntos, podía estar segura de ser encomiada (8).

Herodes Atico.— Apenas puede darse crédito á la portentosa riqueza de algunos particulares. El abuelo de Lolía Paulina, víctima de Agripina, atesoró tanto gobernando el Asia, que ella pudo presentarse en un banquete llevando encima un valor de cuarenta millones de sextercios en joyas. Y entre los ciudadanos más espléndidos de aquella época se ha de mencionar á Herodes Atico. Su

(1) PLINIO; y véase tomo II, pág. 422.
(2) PAUCTON, *Metrológica*, cap. XI.
(3) Lib. XVIII, 6.
(4) En *Aureliano*, cap. X.

(5) *De beneficiis*, VII, 10.
(6) SUTTONIO. Dión dice tres mil trescientos millones.
(7) LAMPRIDIO. En la vida de este príncipe, XIX, 24.
(8) PLINIO, *Hist. nat.*, XIII.

padre Julio, de pobre y humildísima nación, descubrió en un viejo caserón un tesoro ilimitado, sabido lo cual por el emperador Nerva le dijo que hiciese de él lo que más le conviniese, eximiéndole de la cuota que por ley debía entregar al fisco. Y habiendo aquél replicado que temía emplearlo mal, el emperador, más generoso que prudente, le replicó: « Usa y abusa de él como te acomode. »

Inmenso patrimonio heredó, sin embargo, Herodes, con el gravámen de dar cada año á todo ciudadano de Atenas una mina (pesetas 87); del cual se redimió pagando de una vez la suma de cinco años, que pasó de veinte y dos millones. Educado por los más doctos maestros de Grecia y Asia, tuvo gran fama de orador, según los tiempos; obtuvo en Roma el consulado y la prefectura de las ciudades libres del Asia; y allí para conducir aguas á los habitantes de la Troade, consiguió de Adriano trescientas miriadas de dracmas, pero como el gasto ascendía al doble y los ministros del erario murmurasen, Atico mandó seguir las obras sufriendo de su peculio.

Retirado de los negocios vivía en Atenas y sus cercanías discutiendo con los sofistas, que se dejaban vencer por tan generoso contrincante. Interin prodigaba su hacienda en obras públicas. Presidió los juegos en dicha ciudad, y fabricó en cuatro años un estadio largo de seiscientos pies, todo de mármol blanco, el cual podía dar cabida á la población entera. Consagró á la memoria de Regila su esposa, un teatro que no tenía igual, sin otra madera que cedro esculpido. Restauró en su antigua magnificencia el Odeón, que había hecho edificar Pericles con las entenas de los buques persas: hermoseó el templo de Neptuno sobre el istmo, que se proponía cortar: donó un teatro á Corinto, un estadio á Delfos, baños á las Termópilas, un acueducto á Canucio en Italia. No hablamos aquí de los trabajos menos importantes ejecutados á su costa en la Tesalia, en el Epiro, en la Eubea, en la Beocia, en el Peloponeso, ni de sus liberalidades respecto de las ciudades que le elegían por su patrono.

He aquí lo que hacía un simple particular; y aun cuando no pueda servir de término de comparación para los demás, sirve á lo menos para dar una idea del lujo ostentado por aquellos ciudadanos opulentos, á quienes el mundo entero pagaba su tributo de deleites y de esplendores.

Apartad un momento los ojos de esa superabundancia y fijadlos en los establecimientos donde se refinaba el incienso en Alejandría: se ponían una máscara los jornaleros allí empleados, y se les hacía salir desnudos de los talleres, con objeto de que no se desperdiciara una sola partícula (9).

Gemas.— Plinio insertó en su historia natural un tratado de las piedras preciosas, sacado de un trabajo redactado por Mecenas sobre este punto,

(9) PLINIO, *Hist. nat.*, XIV.

y que prueba cuánto más lejos que nosotros habían llevado esta clase de lujo los antiguos. Excepto el dedo del corazón todos los demás dedos de las manos iban cargados de anillos (10). De piedras preciosas eran las copas, y se estimaban muy particularmente los vasos murrinos, que procedían de la Caramania ó de lo interior de la Partia, y cuya fragilidad ofrecía el picante placer de ver continuamente un tesoro en peligro. Un personaje consular pagó un vaso de esta especie en 70 talentos, Nerón en 40,000,000 de sextercios: Petronio, ministro de sus placeres, poseía una copa murrina de precio de trescientos talentos, y antes de morir la hizo pedazos á fin de que no la poseyera Nerón, á quien había concebido odio (11).

Estimadísimas eran las perlas, y se adornaban las mujeres con ellas, ó más bien se cargaban la cabeza, el cuello, el pecho, los brazos: hasta se las ponían en el calzado. Calígula se mostraba lleno de perlas y las prodigaba en adornos para la proa de los buques, como Nerón para los lechos destinados á sus desordenados placeres: y sin embargo, se pagaban al triple de oro en las costas del golfo Pérsico y de la Taprobana (12), y una sola fué comprada en seis millones de sextercios.

Seda.— Comprábase la seda á peso de oro. Así, cuando César hizo cubrir su teatro con una tienda de esta tela, murmuraron los soldados como si hubiera agotado su tesoro. Se censuró á Claudio por haber coronado bajo un pabellón de seda á los dos reyes del Asia de que hemos hablado (13). Propagóse, no obstante, el uso de la seda, por más que Alejandro Severo y Aureliano intentasen aplicar á su remedio alguna medida. Sacábase la seda de Persia.

Babilonia enviaba sus alfombras de mil colores: un emperador compró una al precio de 4,000,000 de sextercios (14); no debemos omitir que el severo Catón de Utica había ya poseído una que valía 800,000 sextercios. También eran muy buscadas las telas de la India, si bien no tanto como su marfil y el de la Etiopía y de la Troglodítide, con que se adornaban los templos, las sillas curules de

(10) *Sardonicas, smaragdos, adamantos, jaspidas uno Portat in articulo*. MARCIAL, II, 11.

Digitus medius excipitur; ceteri omnes onerantur atque etiam privatim articuli. PLINIO, *Hist. nat.*, XXXVII.

(11) ¿De qué materia eran estos vasos murrinos tan estimados por los antiguos? Mercator y Baronio han dicho que de benjui; Paulmier de Grentemesnil, de arcilla petrificada con mirra; Cardan, Escaligero, Mercuriale, de porcelana; Belon, de conchas; Guibert, de piedra ónice; otros, de sustancias diferentes. Le Blond, en las *Mem. de la Academia de Inscripciones*, tomo XLIII, demuestra que ninguno de ellos lo ha adivinado, é invita á hacer nuevas indagaciones. Aun no sabemos que hayan producido resultados.

(12) *Margaritas que contra triplum aurum obrizum, atque id quidem in India effosum, videntur*.

(13) DION CASIO, XLIII, LIX.

(14) PLINIO, *Hist. nat.*, VIII, 48.

los magistrados, los muebles y las techumbres de los ricos; y de tal suerte se aumentó el consumo, que se agotó la materia, y para suplirla hubo necesidad de aserrar los huesos de elefante. No eran menos estimados el ébano y el cedro de Africa. Extraíase de los mares del Norte el ámbar amarillo; y algunos llevaban encima figurillas que costaban más que un hombre vivo (15). Bajales egipcios zarpaban del puerto de Berenice para ir en busca de tortugas á lo largo de las costas de Africa; pero la escama dorada de las de la Oceanítide, isla situada en la embocadura del Ganges, era de más estima.

Cada provincia enviaba además á Roma lo más selecto de sus productos: Egipto, papiro, vidrio, lino; Africa, pluma y frutas; la Mesopotamia, alfombras; España, lanas finas, miel y cera; Galia, paños, ganado, aceite, obras de cobre, de hierro, de plomo, de estaño; el Ponto, cueros y pescado salado; Grecia, trabajos de arte y finos tejidos; Inglaterra, estaño.

Otro objeto de horrible lujo eran los eunucos, viciosos instrumentos del vicio, uno de los cuales fué pagado por Sejano en cincuenta millones de sextercios (9.190.000 pesetas) (16).

Fieras.—Del Africa y de la India traíanse las fieras con las cuales se ofrecía un espectáculo de matanza al pueblo, obligado por la fuerza de los tiempos á la paz. Esta costumbre que se introdujo hacia el fin de la república, como ya indicamos (Libro V, cap. X), se aumentó después en tiempo de los emperadores hasta rayar en frenesí. A costa de grandes gastos, cazábanse leones (17), elefan-

(15) *Taxatio in deliciis tanta, ut hominis quamvis parva effigies vivorum hominum vigintiunque psetia superet.* PLINIO, *Hist. nat.*, VII, 39.

(16) PLINIO, *Hist. nat.*, VII, 39.

(17) Plinio dice hablando de los leones (lib. VIII, capítulo 16): «En un principio era empresa muy arriesgada el cazar leones, y para conseguirlo se abrían hoyos. En el imperio de Claudio enseñó la casualidad un medio más sencillo y casi indigno de un animal tan feroz: un pastor de la Getulia (en el África Septentrional) apaciguaba el furor del animal echándole un paño por encima. Reprodujose inmediatamente este maravilloso espectáculo en los juegos públicos, y apenas se daba crédito á los ojos, cuando veían caer súbitamente en una inercia absoluta á un animal tan feroz, y dejarse ligar sin defenderse al arrojarle el más ligero trapo sobre la cabeza: toda su fuerza por tanto está en los ojos. Por eso causa menos admiración oír que encerrado Lisímico con un león por orden de Alejandro, pudiese matar al animal.» Si se duda de un hecho ocurrido á la vista del pueblo romano, y del cual pudo muy bien Plinio ser testigo no pocas veces, no dejará de interesar el saber que aun se usa este medio en la India.

El capitán Williams, autor de un escrito titulado *Diario de un cazador durante una temporada en la India* (Biblioteca universal de Ginebra, 1820, abril, p. 387), describiendo la caza de una hiena, refiere que los dos indios empleados á este fin llevaban únicamente una barra de hierro aguzada, de la longitud de un pie, un lío de cuerdas y un pedazo de tela de algodón «destinado probablemente, dice, á cubrir la cabeza del animal para quitarle la vista.» Atre-

tes, hienas y cocodrilos, ideando el modo de cogerlos sin herirlos. Tan frecuentes eran las cacerías, que ya en tiempo de Plinio (18) no se veían leones en Europa, y Amiano Marcelino aseguraba que tampoco se encontraban hipopótamos más acá de las cataratas del Nilo (19). Habían llegado á adquirir grande habilidad los que se dedicaban á domesticar fieras, los cuales por medio de amuletos, ó mejor dicho, por medio del hambre, las amansaban y acostumbaban á combates ó á juegos, tales como enseñar á los elefantes á lanzar armas, trazar letras con la trompa, y bailar en la cuerda; á los peces acudir cuando se les llamaba; á los leones á cazar liebres y á no comérselas; y á las águilas á levantar el vuelo con un niño entre las uñas. Augusto se alababa en su inscripción de haber hecho matar en los anfiteatros cerca de tres mil quinientos animales; doscientos leones fueron muertos en los juegos presididos por Germánico; murieron en otros nueve mil fieras regaladas por Tito, habiendo también mujeres en el número de los matadores; en los juegos de Trajano, que duraron ciento veinte y tres días, se dió muerte á mil ciento; diez mil murieron en los de Adriano, y Probo soltó mil avestruces y otros muchos animales en el circo, dispuesto á modo de selva (20).

Firmemente consolidada la dominación de los emperadores, y desesperando los súbditos de recuperar su independencia, se ingeniaban acerca del modo de embellecer su servidumbre, rodeándola de todos los placeres compatibles con la tranquilidad del príncipe.

Edificios.—Alzábanse, pues, edificios por todas partes, y sus vestigios causan todavía nuestro asom-

brado. Los vidos charlatanes se sirven también de este medio para detener el furor de los leones.

Memesiano (*Cynegeticon*, 303 y sig.) describe una especie de caza menos peligrosa, pero no menos extraordinaria, y que produce la misma admiración. «Es menester, dice, entre otros instrumentos de caza, proveerse de una tela que pueda extenderse en un espacio bastante grande, y encerrar en sus madrigueras á los animales espantados á la vista de las plumas que ha de haber colocadas en ella, porque estas plumas, como los relámpagos, deslumbran á los mayores jabalíes, á los ciervos más veloces, á las zorras y á los lobos más audaces, y les impiden romper el leve obstáculo que se les opone, á la vez que entontecen á los osos. Téngase cuidado de teñir estas plumas de diversos colores, mezclándolas con las blancas, y de que los colores sean muchos, procurando que abunden más las plumas teñidas del color que inspira más espanto á los animales selváticos... El color rojo debe ser preferido.»

Marcial. *De spect.*, XI, habla de un oso que en el circo romano fué cogido con liga, ni más ni menos que nosotros lo hacemos con los parajitos.

(18) PLINIO, VIII, 16.

(19) Lib. XXII, 15.

(20) Mongez, en las *Memorias de la Academia*, t. X, 1833, enumeró y describió todas las fieras que en el circo se habían soltado para que combatesen, en el tiempo que medió entre el año 502 de Roma y la muerte del emperador Honorio.

bro: éstos eran obra de los Césares, aquéllos de los magistrados, otros de los concejiles, y también de los particulares. Hemos mencionado sucesivamente los primeros. Apenas hubo erigido Roma el Coliseo, cuando Verona y Capua quisieron poseer circos que rivalizaran con aquel monumento: algunos concejos lusitanos echaron sobre el Tajo el admirable puente de Alcántara. Plinio halló las ciudades de Bitinia edificando á competencia unas de otras; en Nicomedia se acababan una nueva plaza, un canal y un acueducto; en Nicea un gimnasio y un teatro; en Claudiópolis y en Prusias termas; en Sinope, un acueducto de quince millas. Se consagraba especial solicitud á la construcción de acueductos, merced á los cuales prosperaban poblaciones numerosas, en sitios que la incuria de los berberiscos deja invadir actualmente las arenas de la Libia; los de Espoleto, Metz, Gard y Segovia, parecen anunciar más bien vastas capitales que ciudades de provincia. En Nimes, en Arles, en Narbona se ven todavía en pie notabilísimos monumentos. ¿Qué no debían ser Antioquia, Cesárea y Alejandría, donde se encerraban naciones enteras? Sin duda con el fin de que podamos formar idea de ello, se han conservado dos ciudades completas bajo las cenizas y las lavas, de donde salen ahora, que nos revelan toda la magnificencia de aquella época (21).

Sin embargo, no nos haga olvidar la admiración que las construcciones de los emperadores eran una ominosa carga para los súbditos, obligados á ejecutarlas con sus propios brazos. A pesar de que Vespasiano emprendió en todo el imperio tantos y tan grandes trabajos, los condujo á remate sin molestar á los agricultores (22); de lo cual se le elogia, á la par que se censura á Diocleciano su insaciable manía de edificar, de donde resultaba que la requisición de los obreros, de los peones y de los carros necesarios para estas construcciones, no era menos onerosa que la recaudación de los impuestos (23).

Estas construcciones nos ponen en aptitud de juzgar acerca del sistema político de los antiguos, cuya atención se fijaba de una manera exclusiva en las ciudades, sacrificando completamente los campos. Al revés, después de la Edad Media, no se halla un rincón de país donde no se alce una aldea con un palacio, un castillo y una iglesia. Entonces todo se reconcentraba en las ciudades; á ellas conducían las grandes carreteras, sin que tuvieran por accesoerio esa red de caminos inferiores que enlazan actualmente las más insignificantes aldeas. En suma, entonces eran los ciudadanos, hoy es el pueblo; entonces algunos privilegiados, hoy la humanidad entera.

Posesiones.—¿Como se engañaría, pues, aquel

que á la vista de tales magnificencias presumiera que la población de aquel tiempo era extremadamente rica! No resulta la prosperidad de las naciones de las numerosas riquezas acumuladas en manos de algunos, sino de la distribución equitativa entre todos de lo que sirve para las necesidades, para las comodidades, para los goces. Roma, después de haber arrebatado á los vencidos su territorio, lo divide en pequeñas porciones para distribuirlo á título de recompensas militares; conserva ella lo restante como dominio nacional (*ager publicus*), para arrendarlo, ora por término de cinco años, ora á perpetuidad, mediante un rendimiento que formaba una de las principales ramas de la renta pública. En razón del poder que les atribuía la constitución, los patricios se apropiaban la mejor parte, y su principal cuidado era conservarla y acrecerla. Todo les ayudaba en su proyecto: las materias preciosas que la conquista hace entrar en el país, disminuyen el valor del dinero; de donde se sigue que el rendimiento que pagaban se reducía á poco ó á nada, y que era insignificante lo que tenían que gastar en comprar esclavos y hacer cultivar los campos (24).

Permiten á esos esclavos economizar sobre lo necesario, ó dedicarse á un pequeño negocio, con el cual se crean un peculio que ponen á interés en poder de su mismo amo; y éste se encuentra así propietario, cultivador y banquero. Sostenidas las grandes propiedades por un capital superabundante, propenden á aumentarse y absorben cada día un modesto patrimonio, llegando las cosas al punto de que el territorio romano podía pasar por una confederación de pequeños reinos. Poblada la Italia de naciones industriosas, había visto agotados sus hijos, parte oponiéndose á la tiranía de Roma, parte en las proscripciones que señalaron los triunfos de la ciudad victoriosa, parte auxiliándola en sus nuevas conquistas. Apenas había reparado con el tiempo las pérdidas causadas por las guerras de Aníbal y por la más mortífera todavía de los marios, cuando sobrevinieron las luchas civiles; y á los males de la guerra se agregaron en breve los de la victoria, cuando Sila, y aun más Augusto, repartieron aquellas hermosas comarcas entre sus veteranos. Estos expulsaron de sus campos, de sus hogares, de sus templos y hasta de sus sepulcros á los antiguos propietarios, que acudieron á Roma desnudos y sin recursos á pedir pan (25).

Pero el veterano enriquecido tan fácilmente no conocía la industria, que adquiere, ni la economía, que conserva; habituado á la imprevisión del soldado y á la disipación, fruto de las liberalidades y de la rapina, se entregaba á los placeres, se veía

(24) Véase el libro V, cap. II.

(25) *Mors latrocinii veteribus possessoribus ademerunt agros domos, sepulcra, fana... juvenes pariter ac seniores, mulieresque cum parvis liberis conquirentes se pelli agris fociisque.* APIANO, *De bello civ.*

(21) Véase el capítulo XXXIII de este libro.

(22) AURELIO VICTOR, *De Cesar.*, cap. 9.

(23) LACTANCIO, *De morte persic.*, § 7.

reducido muy pronto á hipotecar su hacienda, su ajuar y su casa: desnudo luego como antes y más vicioso, tornaba á Roma para hartarse de pan y saciar su sed de tumultos y placeres. Tácito dice: «Tarento y Ancio debían volverse á poblar con veteranos; pero la mayor parte de los soldados se diseminaban por las provincias en donde habían terminado el servicio, y avezados por otra parte á prescindir del matrimonio, y careciendo de hijos, morían sin posteridad.»

Entre tanto permanecían incultos los campos: apoderábase de ellos el fisco, ó ventan á ser presa de las personas ricas, que formaban así inmensos dominios con los despojos de los pequeños. De aquí aquellos *latifundios* que arruinaron la Italia (26), donde á menudo poseía un solo individuo un territorio cuya conquista habría bastado para el triunfo de un caudillo.

Pobres.—Debía ir creciendo hasta lo infinito el número de los pobres con los propietarios desposeídos, con los cultivadores libres á quienes aniquilaba la competencia de vastas explotaciones de esclavos, con deudores á quienes devoraba la usura; en fin, con todos los plebeyos, salvo aquellos que, á fuerza de valor ó de talento, llegaban á ocupar un lugar en la orden de los caballeros: aristocracia del dinero que sustituía á la de la cuna.

Acaso sería imposible citar entre las naciones modernas una dividida del mismo modo: en un escaso número de poseedores de pingües riquezas, y en una infinidad de miserables (27); pero éstos, de quienes se compadece el orgullo, cuando no les insulta con el nombre de populacho, forman en la actualidad la clase ínfima, laboriosa y oscura, que antiguamente estaba representada por los esclavos pertenecientes á un amo, de quien dependía también su sustento.

Por el contrario, la plebe se componía de hombres libres y privilegiados en el orden civil, que formaban un partido formidable por el número, por sus hábitos guerreros, por el poder de la legalidad y del común acuerdo. Aquellos podían sostener de consiguiente una lucha; y los pobres, sucumbiendo con los Gracos, triunfaron durante las proscripciones cuando los bienes arrancados á los antiguos propietarios fueron distribuidos, no como se decía para llegar á una distribución equitativa, sino para recompensar á los que habían ayudado á las victorias de los triunviros.

Economía rural.—Este cambio de señores produjo bajo el imperio un nuevo sistema de economía y de hacienda. Por tradición continuaban los antiguos miembros de la aristocracia haciendo cultivar

los campos por esclavos puestos bajo la dirección de otros esclavos; y no pensando los nuevamente enriquecidos más que en disfrutar el lujo de su desmesurada opulencia, arrendaron sus tierras á cultivadores libres que las hicieron valer por su cuenta y riesgo. Este arrendamiento se hacía generalmente por cinco años, y se pagaba en metálico á menudo, según el número de esclavos inherentes al dominio. Mas puede calcularse cuán incierta debía ser la renta, si se piensa en la multiplicidad de las distribuciones gratuitas, cuya munificencia, ya fuese del emperador ó de los ricos, entorpecía toda especulación privada. Agréguese á esto los monopolios, los tesoros que de repente ponía en circulación la victoria, y que alteraban caprichosamente el valor de los géneros enviados al mercado por el propietario.

Habiéndose aumentado de día en día la dificultad de arrendarlos bienes á cultivadores libres y garantes, se introdujo desde el siglo II de la era vulgar un nuevo sistema de economía rural; se cambió en colono servil al esclavo; le fué lícito tomar mujer, tener hijos, disponer de su peculio, á condición de pagar un censo al año (28). Esto hubiera podido producir el rescate del esclavo; pero siendo cada vez mayor la desproporción entre pobres y ricos, y aumentada por el horrible sistema de hacienda adoptado á consecuencia de las necesidades crecientes de la república, se llegó á temer que el propietario vendiera los esclavos y dejara los campos sin cultivo. Por eso se resolvió entonces que el colono permaneciera con su prole apegado al terruño y fuera vendido con éste. Semejante medida hizo aún más mísera la condición del esclavo, y produjo mucha desigualdad en la distribución de los trabajadores, que acumulados en ciertos puntos, se hallaban muy diseminados en otros. Resultó de todo que á fines de aquel siglo quedaron baldíos muchos campos, productivos en otro tiempo bajo las poblaciones activas de los ecuos, de los sabinos, de los volscos, de los etruscos, de los cisalpinos, y que terrenos inmensos fueron invadidos por jardines de recreo totalmente improductivos (29).

Aniquilada de esta suerte la agricultura italiana, hubo necesidad de traer de fuera hasta el vino, ora de las islas de Grecia, ó de Siria, de España ó de las islas Baleares, y de aquella misma Galia, cuyos hijos habían bajado á Italia atraídos por sus ricos viñedos. Producto en otro tiempo la lana de los renombrados rebaños de la Apulia y de la Euganea, tuvo que ser pedida á España, á Mileto, á Lao-

(28) Hablamos más largamente de la condición del colono en el libro VII, cap. 5.

(29) G. Zumpt (*Ueber den Stand der Bevölkerung*, Berlin, 1841), estudió el aumento y disminución de la población entre los antiguos. Refutando á Gibbon, que colocaba el máximo de ella en tiempo de los Antoninos, demuestra que entonces entre los griegos era muy reducida, porque se extendía hasta el imperio romano.

(26) *Latifundia perdidere Italiam*. PLINIO, *Hist. nat.*, XVIII.

(27) El fenómeno de la expropiación se reproduce hoy precisamente en Escocia, donde la supremacía de los *lairds* se ha cambiado en propiedad absorbiendo cada uno de ellos las tierras de todo el *clan*.

dicea; y la más común á la Galia. Habiendo adoptado generalmente las personas más ilustres el lujo, antes regio, de usarla teñida de púrpura, se hacía venir de Tiro, de la Getulia, de la Laconia, y se pagaba hasta á 1,000 dracmas cada libra.

Industria.—En la época en que á consecuencia de los expedientes fiscales ó de la urgencia de las necesidades, tenía que padecer la agricultura estos funestos cambios, sufrió también una revolución la industria. Las corporaciones de obreros libres, antiquísimas en Roma, no habían podido medrar al lado de las manufacturas serviles, haciendo fabricar cada ciudadano dentro de su casa todo lo que exigían sus necesidades y su lujo. Posteriormente los advenedizos que pulularon en Roma, se apercibieron de que toda tela, todo utensilio, que se compraba en una tienda, costaban más baratos que los que se fabricaban en las propias casas por los esclavos, lo cual hizo que la industria doméstica fuera abandonada: aumentóse el número de artesanos libres, y esto secundó el sistema de igualdad adoptado por los emperadores. Pero no se quiso dar á aquella multitud de artesanos la libertad arrebatada á las gentes del campo, y bajo pretexto de querer sujetarlos á un orden regular, fué encadenado cada uno de ellos á su oficio, como se encadenó á los colonos al terruño. Sin la idea más remota de la libre competencia y considerando como una necesidad la intervención de la ley en todo para asegurar esa prosperidad pública, á que pensamos basta aun actualmente la previsión del interés privado, se reforman las corporaciones (asociaciones ó compañías), y se organizan en cada ciudad las que se necesitan para satisfacer convenientemente las necesidades de sus moradores. Aquellas corporaciones que pueden calificarse de accesorias, son agrupadas entorno de la principal, se las escalona por grados y se concede como un privilegio el paso de una á otra. Establecen un fondo social el emperador, ó el común, ó los miembros de la corporación misma; pero como el que nada apronta, puede tener allí parte, como puede entrar en la asociación todo hombre libre, resulta de aquí que el más mínimo valor adquiere precio. Sin embargo, el asociado no puede vender ni legar su peculio sino á uno de sus consocios; de modo que contra lo que actualmente existe, el industrial pertenece á su industria. Hasta en esto se hacía sentir la deplorable influencia del fisco, porque cada una de aquellas comunidades estaba abrumada con enormes cargas. Además de los derechos de venta y de peaje tenían que pagar una contribución llamada *auraria*, porque se pagaba en oro, y todos sus miembros estaban obligados á ella solidariamente con la hipoteca de sus bienes raíces.

Así no había agricultura para crear la riqueza, ni industria para transformarla, ni comercio para esparcirla. Afluyó en Roma de Italia y de todas partes un inmenso gentío; calcúlese cuanta miseria decorrupción debía haber entre aquella multitud y socupada, queriendo vivir todos de las distribu-

ciones públicas ó de su infamia. Entonces se multiplicaban los ciegos instrumentos de lujo y de libertinaje: verdaderos ejércitos de esclavos llenaban las casas de los principales ciudadanos, hasta el punto de necesitarse un nomenclator para recordar los nombres de cada uno de ellos.

Alimentar y contentar á la muchedumbre debía ser uno de los principales cuidados de los emperadores, que con este fin sacaban de continuo trigos de Sicilia, Africa y Egipto; y mantener la libertad de las comunicaciones con aquellos países, era la primera ocupación de su política. Desventurados de ellos el día en que no llegara el alimento á tantas bocas hambrientas (30). Llamábase sagrada la escuadra que transportaba los trigos á Italia; los bagelles que abordaban á Roma cargados de trigo, quedaban eximidos de todo derecho; y cuanto más perverso era el príncipe, concedía más al pueblo, que hacía consistir en esto la bondad del gobierno, y la justicia.

Recientemente se ha dado á luz un edicto de Diocleciano, testimonio elocuente de la miseria de aquel tiempo: tiene por objeto fijar en un momento de carestía el máximo de las subsistencias y de los salarios (31). Allí se encuentra la prueba de que los objetos de primera necesidad costaban diez ó veinte veces más caros que actualmente (32).

(30) Aureliano escribía al prefecto de subsistencias que tuviera cuidado de hartar á la plebe; *neque enim populo romano saturo quicquam potest esse latius*. VOPISCO.

(31) Es quizás del 303. Lo encontró Guillermo Sheppard en Estratonicea de Caria en 1709, y lo publicó Bankes en Londres el 1826. Contiene 433 artículos de mercancías y manufacturas tasadas; pero tiene muchos vacíos.

(32) Moreau de Jonnés ha extractado del Edicto de Diocleciano el siguiente cuadro en relación con las monedas y medidas del día.

PRECIO DEL TRABAJO.

	Pesetas.
Al peón (25 dineros al día)	5'62
Al albañil.	11'25
Al peón que amasa la cal.	11'25
Al marmolista que hace los mosaicos.	13'50
Al sastre por la hechura de un vestido.	11'25
Al zapatero por la hechura de <i>calcei</i> , calzado de los patricios.	33'70
Al zapatero por la hechura de <i>caliga</i> , calzado de los artesanos.	27
Al zapatero por la hechura de calzado para soldados y senadores.	22'50
Al zapatero por la hechura de calzado para las mujeres.	13'50
Al zapatero por la hechura de <i>campagi</i> , sandalias militares.	16'87
Al barbero por cada barba.	0'45
Al veterinario por esquilarse á los animales y recortarlos los cascos.	1'35
Por un maestro en arquitectura.	22'50
Al abogado por una citación ante tribunales.	25
Al abogado por un proceso.	225

Aunque la abundancia de dinero y la poca industria elevasen el precio del trabajo á una excesiva suma, se ve que un palurdo ó un peón podía proporcionarse apenas con su jornal un alimento tosco é insalubre, cosa grande para una nación cuyas tres cuartas partes estaban reducidas á vivir de pan, queso y peces, y no beber más que agua acídula, á la par que Vitelio gastaba para su mesa ciento setenta y cinco millones al año.

Comercio.—El único medio de remediar el mal hubiera sido el comercio: y á la verdad los habi-

PRECIO DE LOS VINOS.

	Pesetas.
Los del Piceno, Tiburtino, Sabino Amineano, Sorrentino, Setino, Falerno, cada litro.	13'50
Otros vinos añejos de superior calidad.	10'90
Los vinos ordinarios (vino rústico).	3'60
La cerveza (<i>camum</i>).	1'80
El vino traído del Asia (<i>caranium maonium</i>).	13'50
El vino de cebada de la Atica.	10'90

PRECIO DE LAS CARNES.

Carne de vaca, cada libra.	2'40
Carne de cordero, de cabra, de cerdo.	3'60
El mejor tocino, los mejores jamones de Westfalia, de Cerdeña y del país de los marsos.	4'80
Manteca de cerdo fresca.	3'60
Higado de cerdo cebado con higos (<i>heatum</i>).	4'80
Cada pata de cerdo.	0'90
Salchinchon de cerdo fresco (<i>isicium</i>), el peso de una onza.	0'40
Idem ahumado y sazonado (<i>lucanica</i>).	3'60
Idem de vaca fresco ó ahumado (<i>isicia</i>).	3'37

PRECIO DE LAS AVES Y DE LA CAZA.

Un pavo cebado.	56'25
Una pava idem.	45
Pavo silvestre.	28'12
Idem, pava.	22'50
Un pato cebado.	45
Un pato no cebado.	22'50
Un pollo.	13'50
Una perdiz.	6'75
Una liebre.	33'75
Un conejo.	9

PRECIO DEL PESCADO.

Pescado de mar de primera calidad, cada libra.	5'40
Pescado de río de superior calidad.	2'70
Idem, salado.	1'35
Ostras, el ciento.	22'50

PRECIO DE LAS HORTALIZAS.

La mejor lechuga, cada manojo de á cinco.	0'90
Las coles, cada una.	0'90
Las mejores coliflores, cinco cogollos.	0'90
Remolachas de superior calidad, el manojo de á cinco.	0'90
El apio y los cardos más gruesos.	0'90

OTROS COMESTIBLES.

La mejor miel, cada litro.	18
El aceite de superior calidad.	18
Líquimen para estimular el apetito.	2

Hay, sin embargo, mucha incertidumbre en esas cifras, y no se ha podido tomar cuenta del elevado precio de varias mercancías.

tantes de las provincias que aun no habían padecido á consecuencia de las agitaciones de los bárbaros, y que estaban á bastante distancia de los emperadores para no ser víctimas de sus iniquidades personales, ó que eran favorecidos por la paz, dirigían de buen grado sus hijos hacia el negocio, desde que la carrera pública estaba cerrada ó llena de trabas, á fin de que tuvieran menos contacto con los peligrosos monarcas. Continuaban traficando los romanos en la Mesopotamia al través del Desierto por el camino que vemos abierto desde los principios de la sociedad, al cual debió su prosperidad Palmira, que en medio de la soledad la adquirió en tiempo de los Seléucidas, y no la perdió después de haber sido conquistada la Siria por los romanos, antes al contrario, éstos y los partos rivalizaron por conservar su amistad.

En tiempo de los últimos Tolomeos, pasaba el comercio por Petra desde la Arabia y desde la India al Mediterráneo: ejércitos de camellos llevaban las mercancías desde Leukecome, situada á orillas del mar Rojo, hasta Rinoclura (*El Aric*), atravesando por Petra, situada en el valle de Moisés (*Ouali Mousa*) (33). Parece que entonces no comerciaban aun los griegos directamente con la India, y que únicamente hacían el comercio de cabotaje á manera de los árabes, los cuales recorrían el mar en barcas cubiertas de cuero, acumulando aquellos tesoros que dieron envidia á Augusto, y que tanto le costaron.

El Digesto nos ha conservado una tarifa de las mercancías indias, que nos prueba su variada calidad (34), lo cual consta también en un *Periplo* del Eriteo que se atribuye á Arriano. Según éste, los bajeles egipcios abordaban á Palata, á orillas del Indo, llevando allí telas ligeras, telas labradas, piedras preciosas y aromas extraños á aquel país, corales, estoraque, vidrios de todas clases, joyas de plata y de oro, y algunos vinos, que cambiaban por especias, záfiro y otras piedras preciosas de allí, seda labrada ó en telas, telas de algodón y pimienta negra. Aun más frecuentada era Barigaza (*Barouch*) á orillas del Nerbuddah, que facilitaba los transportes del interior, cuando no se querían llevar por tierra, partiendo de Tagara (*Dullabad*) y atravesando las altas montañas de Ballagaut. Allí se conducían vinos de Italia, de Grecia y de Arabia, cobre, estaño, plomo, cinturones raros, la yerba del meliloto, vidrio blanco, arsénico rojo, plomo negro, monedas de oro y plata, y se exportaban ónice y

(33) Burkhardt fué el primero que visitó en 1812 las ruinas de Petra á los 30° 21' 21" de latitud, y posteriormente en 1818 lo hicieron también los capitanes Irby y Mangles, quienes encontraron allí muchos sepulcros abiertos en la roca, y uno singularmente bello. Leon Delaborde y Linant dieron en 1830 otra descripción. Los árabes creen que hay allí tesoros ocultos, que inútilmente buscan, por cuya razón con dificultad dejan penetrar á los europeos en la Idumea.

(34) Tit. *de publicanis victigalibus*, leg. 16.

otras piedras, marfil, mirra, telas de algodón lisas ó con flores, y pimienta de la mejor calidad. Casi las mismas mercancías se conducían á Musiris, en la costa que hoy llamamos de Malabar, pero se extraían en más cantidad y á mayor precio, por la intermediación de la India, y especialmente perlas y diamantes, y pimienta de la mejor calidad. Las telas y el copo de algodón que constituyen hoy la principal exportación de la India, no tuvieron tanta importancia para los antiguos, que vestían generalmente de lana, como tampoco el nitrato de potasa de Bengala ni la seda cruda.

En tiempo de los Tolomeos Latur y Fiscon, trató Eudoxio de Cizico de llegar por un camino más directo de las Indias, de donde llevó los primeros diamantes, y de dar vuelta al Africa por el Occidente (35). Unos ochenta años antes que el Egipto se hubiese unido á Roma, se atrevió Diodoro Hipalo á salir del acostumbrado camino, y habiendo desembarcado por el golfo Arábigo encontró por fortuna vientos en dirección favorable que le llevaron á Musiris. El conocimiento del viento regular del Sud Oeste que recibió de él su nombre, es la revolución más importante del comercio antiguo, porque entonces se atrevieron las naves á atravesar los mares, y volver con el viento contrario.

En tiempo de Augusto, Elio Galo, gobernador de Egipto, hizo salir del puerto de Mioshormos, en la costa egipcia del golfo Arábigo, una flota de ciento veinte bajeles mercantes (36); y desde entonces, conocida la ventaja del camino que sigue esta flota, siguieron sus huellas. Embarcándose, pues, los mercaderes en el Nilo, en Juliópolis, ciudad poco distante de Alejandría, en doce días llegaban á Copto, recorriendo trescientas millas: desde allí en camellos ó de otra manera se trasladaban por un camino de doscientas cincuenta millas al puerto de Berenice, golfo Arábigo, viajando doce jornadas, generalmente de noche. A la mitad del verano se embarcaban, y en treinta días atracaban al puerto de Ocelis ó de Can (*cabo Fartaco*), en la Arabia Feliz, desde donde en cuarenta días de navegación llegaban á Musiris ó á Berax en el moderno Concan. En los primeros días del mes egipcio *thibi*, correspondiente á nuestro diciembre, emprendían la vuelta con el viento del Nord-Este, que á la em-

bocadura del golfo Arábigo se cambia en Sur ó Sud-Oeste.

Josefo dice que en un mes contribuía Alejandría al tesoro de los cesáres más que todo el resto del Egipto en un año. Pero esto es una exageración, porque en tiempo de los últimos Tolomeos apenas salían veinte naves del golfo Arábigo para la India, y Estrabón no encontraba en Mioshormos más de ciento veinte buques, que á lo sumo podemos suponer de cien toneladas. No obstante, Plinio nos asegura que los romanos llevaban allí todos los años por valor de cinco millones en mercancías y ganaban el céntuplo, lo cual justifica el temor que les hizo prohibir á todo extranjero la entrada en el mar Rojo.

Y todo este tráfico se hacía desde la época de Augusto por los romanos ó para ellos: tanto se aparta de la verdad quien supone que aquella gente descuidaba enteramente el comercio (37). Una capital tan poblada, rica y voluptuosa, buscaba con avidez las delicadezas orientales, los aromas, las piedras preciosas, los tejidos, y todo cuanto lisonjea el gusto ó el capricho. El incienso que humeaba en mil altares; los aromas con que quemaban los cadáveres, para que la muerte fuese también costosa á quien siempre había vivido en la suntuosidad (en los funerales de Sila se pusieron en la pira doscientos diez fardos: Nerón quemó en los de Popea más canela y cañafistula que se recoje en un año); los bálsamos con que las bellas conservaban y restauraban sus gracias; las piedras preciosas en que se gastaban patrimonios enteros; las perlas que se querían de extraordinario tamaño y que impulsaban á las conquistas á Julio César y eran instrumentos de prodigalidad en manos de Cleopatra; y la seda que se consideraba como lujo excesivo para los hombres hasta el tiempo de Helioqáballo, eran los principales objetos que se extraían de las orillas del Ganges, mientras que procedían de las del Faso los tejidos de la China, vendidos por los persas y los partos, y de Dioscura los productos del Ponto Euxino y del Caspio. De las especies extraídas de allí, el cinamomo se vendía á mil quinientos dineros la libra (1060 ptas.), y en proporción la mirra, el nardo, el cardamomo, el clavel, la cañafistula, la calanquea, el mirabolano, el mazir, el cáncamo, el gizir y otras gomas y made-

(35) Posidonio seg. ESTRABÓN, II, 98.

(36) Entonces estaba Propercio:
*Arma deus Caesar diles meditatur ad Indos,
 Et freta gemmiferi findere dase maris.
 Magna vie merce; parat ultima terra triumphos;
 Tigris et Euphrates sub tua jura fluent.
 Seres et Ausoniis venient provincia virgi...
 Ille agile: experte bello date lintea prova.*

III, 4.

Este poeta romano no sabía concebir una expedición más con el objeto de conquistas; de la misma manera la juzgaba Horacio.

HIST. UNIV.

(37) Demostraré en la primera época que los romanos, pobres y soldados, no tuvieron genio ni conocimiento del comercio.

»En la segunda, que grandes y poderosos en la guerra, descuidaron por orgullo el comercio, y no pensaron más que en enriquecerse con los despojos de todas las naciones.

»En la tercera, que esclavos y sensuales, con un comercio pasivo y ruinoso, cayeron en la pobreza y en la barbarie.»

MENGOTTI, *Del comercio de los romanos*.—Aserto que ya nadie puede aceptar.

ras, de que se componían las pomadas. En Arabia, intentó en vano Seleuco hacer que prosperase el amomo y el nardo, pero en cambio abundaban la mirra, la canela, árboles olorosos é incienso, además de perlas y piedras preciosas. De la Persia y Siria se extraían además seda y pieles; de Tiro púrpura, y de la Etiopía perfumes, marfil, algodón (38) y fieras. La industria del Egipto era muy activa, habiéndose dedicado libremente sus naturales á ejercer la que habían aprendido bajo la tiranía paternal de los sacerdotes. Arsinoé fabricaba paños, Naucrates y Copto vasijas, Diópolis vidrios, Alejandría lino y tapicería, además de la industria del papiro. Estos objetos, vasijas de barro y bagatelas de vidrio, se llevaban á la India y á la Etiopía para cambiarlos con las mercancías de estos países, y asimismo el hierro, el plomo, el estaño extraído del Norte, y aceites, vino, rosas (39) de Italia y de Laodicea.

La Escitia servía de tránsito para las mercancías de la India. La Germania, silvestre y pantanosa, ofrecía poco al comercio, y sin embargo, Séneca dice del Danubio que era abundante en piedras preciosas, y que en sus orillas se recogía el ambar. La Istria daba vino dulce y aromático; la Retia, vino y madera; la Iliria esclavos, pieles, ganados y el hierro del Nórico tan celebrado. Más beneficioso era el comercio que se hacía con Grecia, con la Galia y España: esta última suministraba con abundancia, plata, miel, alumbre, cera, azafrán, pez, trigos también, y buenos vinos, además de los caballos, el cáñamo y el lino. De las Galias se extraía cobre, caballos y lana, el oro de los Pirineos, vinos, licores, ganado, hierro, paños y telas: los jamones de Bayona se llevaban hasta los mercados del Mar Negro. Las islas Británicas suministraban estaño y plomo. El bronce de Corinto se apreciaba tanto como el oro: la miel de Himeto, el vino, el azufre, la trementina, la cera, el nardo, las telas, las piedras preciosas, los esclavos del mar Egeo y del de Creta, las lanas del Atica, la púrpura de Lacedemonia, el eléboro de Anticira, el aceite de Sicione, y el grano de Beocia, daban mucha importancia al comercio con la Grecia. Recibía Roma del Asia Menor quesos y anillos; y hierro del Euxino; madera de la Frigia; goma del monte Ida; lanas de Mileto, las mejores después de las de Tarento; azafranes, vinos del monte Tmolos, y vidriado de Lidia.

Bien sé que Platón, combatiendo el comercio

(38) *Nemora Æthiopyum molli canentia lana.*

VIRGILIO.

(36) *Mitte tuas meses; accipe, Nile, rosas.*

MARCIAL.

como causa de corrupción, decía que hubiera sido mejor para Atenas continuar pagando el tributo anual de siete doncellas al Minotauro que convertirse en potencia marítima; bien sé que colocaba á diez millas, por lo menos, del mar su ciudad ideal; pensamientos inspirados á los filósofos por el estado de la sociedad antigua, en la cual la división de libres y esclavos fomentaba en la soberbia de los dominadores la gloria de no hacer nada. Los romanos, sin embargo, si no ejercían por sí el comercio, lo favorecían en los pueblos sometidos con buenas leyes y con lo que es su mejor auxilio, con la libertad. Así es que adoptaron la ley marítima de los rodios, hicieron expediciones lejanas, y recibieron embajadas de los seres, de los sármatas, de los escitas, y de los tapobanos, que no podían tener otro objeto más que conservar abiertos los caminos por donde llegaba tanto oro á su país.

A pesar de tanta facilidad en realizar un comercio muy activo entre tan diferentes pueblos unidos por el idioma y las leyes, no cesaron los romanos de creer que era una degradación el ocuparse en las artes, siendo considerados aún en tiempo de Constantino infames los que se aplicaban á vender al por menor y á utilizarse con la industria, y sus hijas igualadas á las bailarinas y á las esclavas. Honorio y Teodosio prohibieron comerciar á los nobles y á los ricos, como una cosa perjudicial al Estado (40). Además, los arrendadores de las rentas públicas dificultaban la circulación con continuas gabelas y peajes, y otros compraban á los emperadores el monopolio de una ú otra mercancía.

Aún cuando tantos frutos y obras servían para el cambio con el extremo Oriente, los árabes no aceptaban en cambio más que el dinero, y asimismo los países del Ganges, y los seres, que no apetecían lo que les faltaba; de tal manera que asegura Plinio que por lo menos se exportaban del imperio mil millones de sextercios (190.000.000) cada año á aquellos países (41). Cálculo ciertamente exagerado é imposible de comprobar, pero que basta para indicar la situación pasiva del comercio romano; situación que debió aumentarse en proporción del lujo, que llegó á su colmo cuando las cortes imperiales se multiplicaron, y cuando Diocleciano creyó necesario ocultar la decadencia bajo el lujo oriental.

(40) Ley 5. Cod. de commerciis et merc.

(41) «Minima computatione, millies centena millia sextertium annis omnibus India et Seres, peninsulaque illa (Arabia) imperio nostro adimunt: tanto nobis delicie et fœminæ constant.» *Hist. nat.*, XII, 41.

CAPITULO XVI

FILÓSOFOS MORALISTAS

Desde vespasiano hasta Marco Aurelio, la ausencia de guerras y el movimiento intelectual produjeron un renacimiento de los espíritus en el imperio. Viéronse, pues, prosperar nuevamente la literatura bajo los primeros Flavios, las artes bajo Adriano, la filosofía bajo los Antoninos. Ya hemos visto á Marco Aurelio cultivarla, componiendo por sí mismo (1), y con mando de favores á los que la escogían por asunto de sus debates ó de sus escritos. Continúan muchos enseñando en Grecia á perorar en las escuelas mostrándose indignos del título de filósofos por su ostentación orgullosa. Entre los más afamados se contaban Polemon de Laodicea, que atraía á Esmirna una multitud de griegos, siempre ávidos de discusiones y de sutilezas. Maravillado de su sabiduría Herodes Atico le envió una crecida cantidad de dinero, que rehusó hasta que fué considerablemente aumentada. Habiendo llegado el rey del Bósforo á admirar á los sabios del país, para ver á Polemon hubo de dirigirse personalmente á su casa y ofrecerle diez talentos. Habiéndole atacado la gota, hizo que le bajarán vivo al sepulcro de sus mayores, á fin de que el sol no pudiera verle reducido al silencio (2).

Luciano escribió la vida del cretense Demonax, cínico menos rudo que los demás, el cual aunque rico é instruido, se redujo á una pobreza voluntaria: inhábil por su vejez para atender á sus necesidades sin agena ayuda, se dejó morir más bien que solicitar asistencia. Proponiéndose los atenienses introducir en su país las luchas de los gladiadores, les dijo: *Ante todo derribad el altar de la Piedad.* Al emperador, que le preguntaba el mejor modo

de reinar, le respondió de este modo: *Hablar poco, escuchar mucho, evitar la ira.*

Filostrato podría proporcionarnos otras curiosas anécdotas acerca de aquellos profesores de filosofía. En su mayor parte eran gentes turbulentas, perezosas, envanecidas de la tosquedad con que peroraban y reprendían á los demás, de una existencia consagrada sólo á discutir, asestar flecha, contra los ricos, pordiosear sus comidas ó las funciones de pedagogos de sus hijos (3). Una vez in-

(3) Luciano, en *el Icaro Menippo*, hacen también que Júpiter reprenda á los filósofos en la asamblea de los dioses. «No hace mucho que han aparecido en el mundo; es una raza holgazana, traviesa, arrogante, rabiosa, demente, orgullosa y perversa; una carga inútil para la tierra. Se dividen en sectas y han inventado diversos argumentos retóricos: unos se llaman estoicos, otros académicos, estos epicúreos, aquellos peripatéticos: aún son más ridículos los títulos de algunos otros. Escudándose con el nombre impoamente de virtud, fruncidas las cejas, con larguísima barba, ocultan bajo este ademán fingido, depravadas costumbres, y van introduciéndose por todas partes con maña, como los actores del teatro; y si se les arranca la máscara, quedan reducidos á unos pobres petates, cuyos ejercicios se compran por siete dracmas. Cuentan de los dioses las cosas más absurdas, y dirigiéndose preferentemente á mancebos incautos á quienes es fácil inducir á engaño, reducen á tragedia esa virtud declamatoria, enseñándoles a profesar la duda. De continuo ponderan ante sus discípulos la energía de alma y la templanza, condenan la riqueza y el deleite; pero ¿quién puede explicar, luego que se encuentran solos, sus festines, su lujuria, su avaricia, que llega hasta hacerles cercenar los óbolos? Es lo peor que no dedicándose á ningún trabajo público ni privado, no siendo útiles para nada en tiempo de paz, ni aptos para la guerra, no por eso dejan de acusar á los demás, zurciendo algunas frases ásperas, algunas palabras groseras, riñen y censuran al prójimo; y el que sabe gritar con más fuerza, maldecir con más temeridad y descarar, merece entre ellos el primer puesto.

(1) B. B. WATSON.—*M. Aurelius Antoninus*. Nueva York, 1884.

(2) FILOSTRATO, *Sofistas*; y SUIDAS, *ad vocem*.